

hablar de superioridad e inferioridad y han señalado que existen dos «voces» diferentes de idéntico valor. Unas y otras están de acuerdo en que la diferencia entre los géneros es real y profunda, la más importante de las diferencias humanas. La aplicación práctica de estas posiciones políticas fue la defensa a ultranza de la militancia única en un movimiento autónomo de mujeres independiente de los partidos políticos. Este sector del feminismo no creía compatible la militancia de mujeres feministas en partidos políticos debido a su carácter patriarcal. En la actualidad, el debate ideológico persiste, pero en la práctica ha sido superado. La conquista de cualquier espacio, tanto en las instituciones como en la sociedad civil, es celebrada positivamente por la mayoría del movimiento feminista.

Tras una lectura muy atenta de este libro se desprende una idea: el movimiento feminista ha tenido una

importancia extraordinaria en la modernización de la sociedad española desde el punto de vista del cambio de mentalidades. Muchos de los valores de nuestra sociedad que actualmente se perciben como casi incuestionables constituyeron y constituyen el núcleo del ideario feminista. La libertad sexual, el derecho al placer, la separación entre reproducción y sexualidad, el control de la natalidad, la maternidad como elección y no como obligación, la colaboración de los varones en el trabajo doméstico, el derecho al trabajo fuera del hogar, la desestigmatización de la homosexualidad... Todos estos valores han impregnado de tal modo el tejido social que, aunque no han transformado suficientemente las actitudes de los valores, constituyen una permanente deslegitimación de aquellos que no los comparten.

Rosa COBO

JOSETXO BERIAIN y PATXI LANCEROS (comps.)

Identidades culturales

(Bilbao, Universidad de Deusto, 1996)

En la turbulenta actualidad que nos toca vivir, el tema de las *identidades culturales* ha adquirido una relevancia fuera de toda duda. Los procesos de mundialización tecnoeconómica que nacen de las necesidades instrumentales de la racionalidad moderna, lejos de favorecer la uniformización en cuanto a una forma de vida que se pretende única y prevale-

ciente, ha provocado, como efecto colateral (Beck), lo contrario, esto es, un mundo fragmentado en torno a múltiples centros, culturas y formas de vida (*Lebensform*) que se afanan por mantener sus señas de identidad frente a toda pretensión homogeneizadora procedente del exterior.

El contexto policéntrico en el que hoy nos encontramos contrasta con

las aspiraciones universalistas de una racionalidad moderno-occidental que parecía sustentarse en sus propios fundamentos (Hegel). Precisamente, la actual conciencia postmoderna se caracteriza porque reconoce el arraigo de cualquier modelo de racionalidad en un magma de significaciones que delimita el horizonte de percepción y acción de una comunidad cultural. Al decir esto no se trata de poner en duda la validez de la racionalidad en toda comunidad sociocultural, más bien se pretende cuestionar su carácter *a priori* y autofundante. Tras todo modelo de racionalidad late, como sabía Nietzsche, una *imagen*, unos ideales, una trama de significaciones; en definitiva, una mitología en que se condensa el saber profundo del grupo (sus aspiraciones latentes, su arquetipo básico, sus actores sociales, sus instituciones, sus concepciones sobre el bien, el mal, lo patológico, etc.), y en que descansa la legitimación axiológica del colectivo. No en vano, y al decir de Durkheim, una sociedad no está constituida tan sólo por el conjunto de individuos que la componen, por el territorio que ocupan, por los actos que realizan, sino, ante todo, por la *idea que tiene sobre sí misma*; en definitiva, por su autorrepresentación desde la que surge una «relación nosotros».

Precisamente, esta novedosa situación, en la que se atisba el resurgimiento de ciertos particularismos culturales y de sus potenciales relaciones de conflicto con «los otros», no puede pasar desapercibida para las ciencias sociales, en general, y para la sociología, en particular. A tal fin, esta última (y el resto de ciencias sociales) debe replantearse el habitual empleo

de una metodología de análisis de carácter generalizador y poco dada al matiz, ya que las «comunidades imaginadas» (B. Anderson) que irrumpen actualmente en defensa de sus identidades colectivas esconden su especificidad cultural en lo profundo de su autoimagen como elemento constitutivo y básico de todo orden imaginado y a realizar en enclaves concretos y bajo colectivos diversos como la tribu, el gremio, la nación, el partido, etc. Supuesta la condición *a posteriori* de la racionalidad, se trata ahora de revelar por parte de las ciencias sociales el fondo mitológico que anima un proyecto social estructurado en torno a unos usos lingüísticos, unas instituciones, unos ritos, unos símbolos, etc., y en el que reside la *especificidad sociocultural* de fondo.

Dado este nuevo contexto abierto a la *diferencia* sociocultural, es sumamente oportuna la aparición del libro *Identidades culturales*, que, compilado por los profesores Patxi Lanceros y Josexo Beriain, pretende ser un acercamiento científico a la actual situación plural, policéntrica y de aparente incompreensión intercultural. Si bien la temática del trabajo se centra en la cuestión de las Identidades colectivas, los estudios que en él se recogen se acercan a los aspectos más variados de la cuestión, y ello desde disciplinas tales como la sociológica, antropológica, filosófica, etc. El resultado es un libro equilibrado, sugerente y con amplitud de miras ya que, al tiempo que se detiene en el estudio pormenorizado de determinadas identidades colectivas, también se ocupa de cuestiones «estructurales» relativas a sus procesos de formación.

El texto queda dividido en dos grandes bloques: *Identidad colectiva y modernidad* e *Imaginario simbólico y cosmovisiones*. En el primero de ellos, el trabajo de Josetxo Beriain (Univ. Pública de Navarra), «La construcción de la identidad colectiva en las sociedades modernas», se ocupa fundamentalmente del equilibrio inestable entre cultura y política que late en las identidades colectivas modernas de carácter dual y que se expresa en forma de conflicto en determinados movimientos etnonacionales de nuestros días. El análisis de José M. Mardones (Consejo Superior de Investigaciones Científicas), «La identidad religiosa en la modernidad actual», pone el énfasis en las nuevas comunidades emocionales de carácter religioso que, al margen de todo credo pretendidamente único, se nutren de los individuos que libremente eligen la confesión donde cada uno de ellos afianza su desarrollo personal en el seno de una sociedad plural y secularizada. En el estudio «El vínculo comunitario en la modernidad tardía: de la tradición a la sociedad privada», Ander Gurrutxaga (Univ. del País Vasco) estudia a la comunidad en las sociedades modernas tardías desvinculándola del potencial legitimador y cohesionador de la tradición y anudándola con la categoría de «individuo», a cuyo través la identidad colectiva surge en entramados asociativos (asociaciones culturales, clubes de tiempo libre, vacaciones, etc.) que satisfacen necesidades puntuales de sus componentes individuales. En último lugar, el trabajo de Patxi Lancersos (Univ. de Deusto), «Identidad moderna y conciencia trágica», hurga,

a instancias de Hölderlin, Nietzsche y Rilke, en una modernidad abierta a lo nuevo y consciente de que su identidad se siente permanentemente amenazada por lo trágico, por la fractura, por la diferencia respetuosa con los extremos en que consiste lo real (Dios-Hombre, Bien-Mal, etc.), nunca reconciliables con carácter definitivo.

El segundo de los bloques se inicia con el trabajo de Luis Garagalza (Univ. del País Vasco), «El simbolismo en la actualidad», en el que el autor especifica los regímenes arquetípicos que anidan en el fondo imaginario de toda sociedad, al tiempo que recuerda la realización simbólica en la que toda sociedad transforma sus ideales latentes en esquemas de representación y acción bajo la cristalización de una identidad colectiva. Con el estudio «Imaginario cultural e identidades colectivas», Celso Sánchez Capdequí (Univ. Pública de Navarra) analiza el modo de ser, la morfología, las funciones, etc., del Imaginario cultural en cuanto fondo universal desde el que emerge toda identidad colectiva y en el que, por lo mismo, se encuentra la unidad y solidaridad de fondo del género humano más allá de sus concreciones históricas. Antonio Ariño (Univ. de Valencia), en su trabajo «Tiempo, identidad y ritual», se acerca a las específicas prácticas rituales de nuestra sociedad (tales como las «fiestas» producidas en período vacacional por veraneantes y turistas y los «matrimonios» y «funerales» en el ámbito familiar) como instancias que permiten dar rienda suelta a la racionalidad expresiva y, por ende, generar esquemas imagina-

rios y simbólicos de identidad colectiva en un contexto (moderno) de homogeneización cultural. El trabajo de Jesús Azcona (Univ. del País Vasco), «Fiesta, religión e identidad colectiva», repara en la especificidad de las fiestas de San Fermín, de Pamplona, desde una perspectiva sociológica y antropológica, acentuando la importancia de las celebraciones festivas en toda sociedad de cara a la edificación de una identidad colectiva. La aportación de Andrés Ortiz-Osés (Univ. de Deusto), «La identidad simbólica iberoamericana», pretende llamar la atención sobre la «razón iberoamericana» como lugar de mediación entre elementos de una cosmovisión hispana del sentido dispuesta sobre la religión cristiana antropomórfica y elementos de la religiosidad amerindia de tipo cosmomórfica.

Como epílogo del libro aparece el texto de Jane Harrison, «Los orígenes de la racionalización occidental», extraído de su *Themis. A Study of the Origins of the Greek Religions* (1912), en el que se hurga en el Imaginario de la civilización griega, compuesto por elementos simbólicos propios de la cosmovisión olímpico-patriarcal y otros pertenecientes a la cosmovisión etónico-matriarcal.

El texto aquí presentado se centra en buena parte de sus análisis en la especificidad cultural y semántica de determinadas formas de vida, estructuradas en torno a unas banderas, unos tótems, unas imágenes, etc., que delimitan en el tiempo y en el espacio una *forma de vivir* y una *identidad colectiva*. Ahora bien, sería apresurado deducir de la constatación de estas diferencias culturales de las que da

cuenta este libro, en cuanto a relativas a nuestra época, una especie de relativismo y de incomunicación existente entre las mismas que allanaría el espacio para una situación intercultural de conflicto permanente y de confusión ilimitada. Precisamente, el presente texto recoge, además de los trabajos que se centran en determinadas particularidades culturales, otros análisis que, con una intención hermenéutica de fondo, explicitan tanto la presencia del *Imaginario cultural* en calidad de soporte universal donde yace la unidad y solidaridad de fondo del género humano, en concreto los arquetipos legados por la experiencia filogenética, esas imágenes sincrónicas (Isis, Hermes, Mari, Yahvé, Jesucristo, etc.) que representan situaciones típicas universalmente válidas, si bien diferenciadas conforme a tiempo y lugar, y desde las que se autoimagina toda sociedad como identidad colectiva, como la importancia del *simbolismo* en cuanto ámbito de mediación donde se hace patente y se transforma la autoimagen de fondo (*sociedad instituyente*) en representaciones colectivas y esquemas de acción social (*sociedad instituida*). Dicho de otro modo, el libro goza de la flexibilidad y riqueza suficientes como para sensibilizarse con las *diferencias culturales* que hoy se constatan por doquier, y como para dar cuenta de la *unidad y solidaridad* arquetípicas donde se localizan los puntos de encuentro y las posibilidades de diálogo y mutua comprensión intercultural que determinados conflictos actuales necesitan.

Celso SÁNCHEZ CAPDEQUÍ